

Pensamos el tratamiento de un niño que busca una mirada donde encontrarse, la pide a su madre. Escenario contaminado de posibles diagnósticos que no diagnostican. La escena del consultorio se vuelve un revivir esas huellas del vínculo materno, se reaviva lo que se vivió de dolor, de odio, de desesperación y también amor, calidez y ternura. El analista deberá en cada escena particular estar preparado a reavivar sus propias experiencias para que al sacarlas de la oscuridad brinden el progreso de ambos.

Consideramos que a la manera de la mirada de la madre que debe reflejar al niño, la mirada del analista ingresa en este débil espejo pero, si no permite al niño verse, él verá un rostro patologizante por siempre.